

# LOS PRINCIPES DE ESPAÑA ACU- DIERON A ORAR ANTE EL CADA- VER POCO DESPUES DEL ATEN- TADO

La capilla ardiente fue instalada en el salón central de la planta baja de la Presidencia del Gobierno

NUMEROSAS PERSONAS DESFILARON FRENTE AL FERETRO DEL PRESIDENTE, AL QUE DABAN GUARDIA DE HONOR DOS ESCUADRAS DE GASTADORES

A la Ciudad Sanitaria Francisco Franco, de la Diputación Provincial, donde fue trasladado el cadáver del almirante Carrero Blanco, acudieron en seguida Sus Altezas Reales los Príncipes de España los miembros del Gobierno, el presidente de las Cortes, altos mandos militares, los duques de Cádiz, los marqueses de Villaverde, el cardenal arzobispo de Madrid y varios ex ministros. Todos, muy afectados, oraron ante el cuerpo del almirante, no amortajado aún, y expresaron su condolencia a los familiares. El doctor Muñoz Calero fue uno de los primeros facultativos que reconoció a don Luis Carrero Blanco.

La muerte del presidente del Gobierno debió de ser casi instantánea, aunque en el trayecto a la clínica parece ser que la víctima del criminal atentado tenía algunos pequeños movimientos reflejos.

El cadáver no tiene signos externos del terrible suceso, salvo una ligera herida bajo la barbilla. Pero está interiormente destrozado.

## REGRESABA A SU CASA A DESAYUNAR

Siempre le acompañaba al señor Carrero en el coche, a esa hora, una hija suya, que está vez no pudo hacerlo. El presidente había oído misa y comulgado, como todos los días, en la Casa Profesa de los Padres Jesuitas, situada en las calles Serrano, Maldonado y Claudio Coello (templo parroquial de San Francisco de Borja) y se dirigía otra vez a su domicilio a desayunar, para marchar desde allí a la Presidencia del Gobierno, donde le esperaban los miembros del Gabinete para celebrar la reunión preparatoria de los Consejos de los viernes en El Pardo. Todas las mañanas, a la misma hora, hacía el mismo recorrido. Factor éste importante en la preparación del salvaje y muy premeditado hecho.

## EN LA CAPILLA ARDIENTE

A las tres menos veinte de la tarde abandonaron la sede de la Presidencia los ministros y el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino. Se decía que el cadáver iba a ser llevado a ese edificio a las tres. Llegó, en una ambulancia de la Diputación Provincial, con escolta de motoristas, a las seis menos cuatro minutos. La demora se debió a esperar en la clínica a dos hijos de Carrero, que llegaron en avión procedentes de Sevilla y Cádiz.

Fue instalada la capilla ardiente en el amplio salón central de la planta baja de la Presidencia, tantas veces recorrido por Carrero Blanco. El cadáver había sido amortajado con el uniforme de gala de almirante de la Armada española y cubierto, en su parte inferior, con la bandera nacional. A la cabeza del féretro una imagen de Cristo crucificado, otra enseña española y un altar portátil. Daban guardia de honor dos escoltas de gastadores del batallón del Ministerio del Ejército que se relevaban en su cometido.

El arzobispo de Grado y vicario general castrense doctor López Ortiz, inició el rezo del santo rosario seguido con gran devoción por la viuda, hijos, otros parientes de la víctima y numerosas personas.

El rosario se interrumpió para oficiar

el citado prelado una misa «corpore inse-pulto».

Asistieron, además de la familia, todos los miembros del Gobierno —excepto el

presidente en funciones, señor Fernández-Miranda, que se hallaba en esos momentos en el Palacio de El Pardo—, el capitán general de la I Región Militar, los duques de Cádiz, los marqueses de Villaverde, el jefe del Alto Estado Mayor, el

Jefe del Estado Mayor Central, el director general de la Guardia Civil, los jefes y otro alto personal de las Casas Militar y Civil del Caudillo, don Gonzalo de Borbón, presidentes de altos Tribunales, consejeros del Reino, consejeros nacionales, procuradores en Cortes, diplomáticos españoles y extranjeros, la duquesa de Alba y su hijo mayor y, prácticamente, todos los ex ministros que se hallaban en Madrid. También algunos funcionarios y modestos empleados de la Presidencia, que no podían ocultar su emoción. Algunas mujeres lloraban. Escenas de dolor que se repetían por parte de otras mujeres a la puerta del edificio, donde agentes de la Policía Armada contenían a la gente congregada ante la verja en la esquina de la Castellana y la calle Alcalá-Galiano.

#### «SEÑOR, TEN PIEDAD DE ESPAÑA»

El arzobispo oficiante pronunció, visiblemente conmovido, una breve y cálida homilía. Exaltó en el fúnebre panegírico el patriotismo y las virtudes cristianas del almirante Carrero Blanco, muerto en acto de servicio a España, a la que tanto amó. Dijo que más que pedir por el muerto, recién comulgado cuando le asesinaron, había que pedirle a Carrero que intercediese ante Dios por España. «Señor, ten piedad de España», habrá dicho al Supremo Juez al comparecer en su presencia visible, minutos después de haberle recibido en el sacramento de la Eucaristía.

Al final de la misa rezó el padre López Ortiz un responso y, con todos los fieles asistentes, un Padrenuestro por las almas de las otras dos víctimas del bárbaro atentado: el conductor del coche y el policía de escolta.

A las siete y media se celebró una segunda misa. Llegó entonces a Castellana, 3, el presidente actual del Gobierno, don Torcuato Fernández Miranda. También comenzaron a llegar coronas de distintas personalidades y organismos.

Se formó alrededor de las ocho una larga fila en la acera de la calle Alcalá Galiano para desfilas ante los restos del almirante Carrero. La afluencia de personas de toda condición social fue grande a lo largo de la noche. Millares de firmas de pésame llenaron los pliegos preparados al efecto.

#### TELEGRAMAS DE PESAME AL JEFE DEL ESTADO

Toda España se ha hecho eco del sentimiento de dolor producido por el criminal atentado que ha costado la vida al presidente del Gobierno, almirante don Luis Carrero Blanco.

Según noticias recibidas en la redacción central de Cifra, desde todos los puntos del país, en el Palacio de El Pardo se han recibido telegramas de pésame y adhesión

al Jefe del Estado en los que se expresa la dolorida reacción causada por el inculcable acto de violencia, del que ha sido triste escenario la madrileña calle de Claudio Coello.